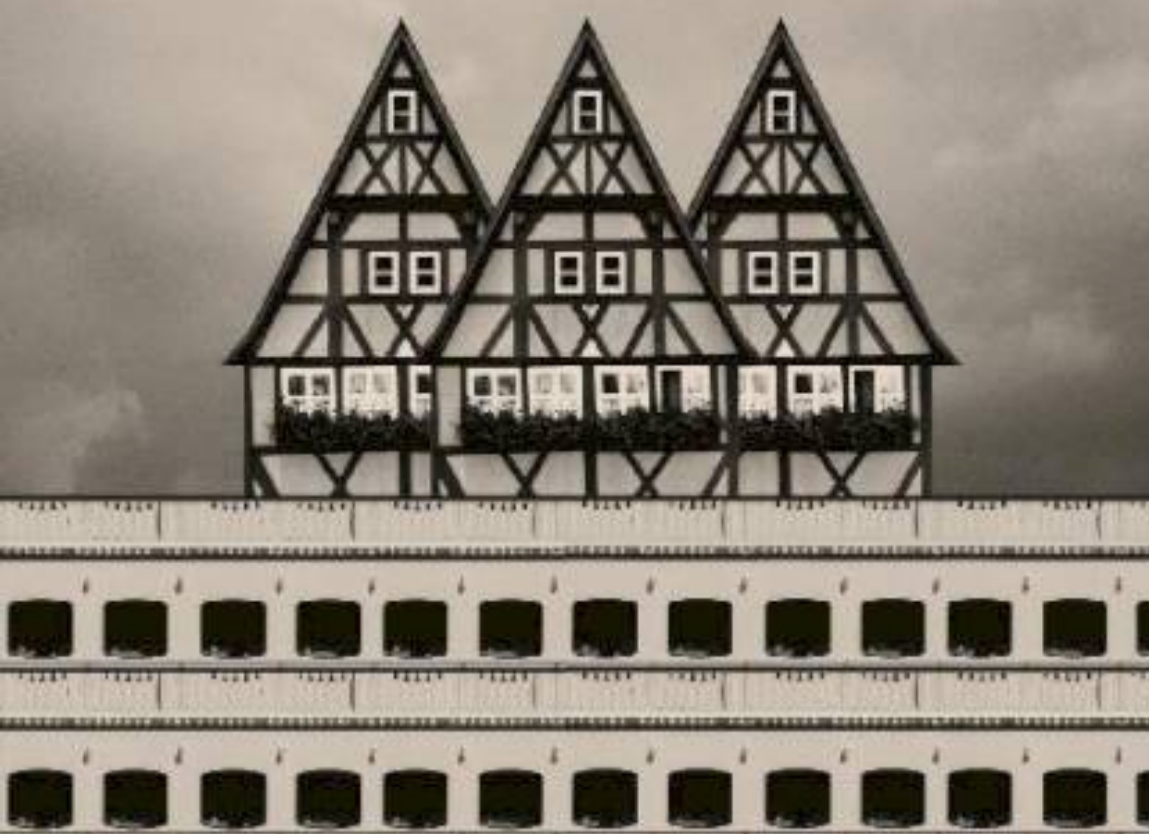


Silvia Plager



# Pequeña Viena en Shanghái

LA VIDA DE UNA FAMILIA AUSTRIACA  
EN EL CUETO JUDÍO DE HONGKOU

Silvia Plager

## **Pequeña Viena en Shanghái**

La vida de una familia austríaca en el gueto judío de Hongkou

P&J

## SÍGUENOS EN



@Ebooks



@megustaleerarg



@megustaleerarg

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*Para Donata*

Algunas musas, cuando regresan, son peligrosas. Tal el caso de la doctora Donata Chesi, que, luego de asistir a un congreso médico en Shanghái, me regaló unos suvenires y una imposición: "Tenés que escribir una novela sobre los judíos de Shanghái". "¿Hay judíos en Shanghái?", pregunté. "Ahora no sé. Pero hubo miles."

Leía los links con los que me acicateaba mi amiga y terminé comprándome libros sobre el tema. A pesar del respeto por la verosimilitud histórica, *Pequeña Viena en Shanghái* es una ficción. Y los nombres de los personajes, salvo excepciones, poseen solo una carga emocional para mí.

SILVIA PLAGER

Corre el año 1938 y el doctor Jonas Schranz comprende que la única salvación posible es conseguir la visa del consulado de China en Viena —no existe otro sitio que otorgue visas a los judíos— y huir con su familia hacia un destino que lo espanta: Shanghái.

Esta es su historia.

El capitán Kenzaburo Mifune sale de la sede que muchos llaman la Gestapo japonesa con la convicción de que el decreto ministerial que ordena una acción amistosa hacia los aliados alemanes representa un trabajo suplementario e inútil para las fuerzas ocupantes. Él, que por haber estudiado en Hamburgo, en el fondo desconfía de ese pueblo. Y ahora ve confirmadas sus presunciones. Confinar a los judíos procedentes de Alemania y Austria, que habían llegado a Shanghái después de 1937, no significa ninguna victoria de la cual vanagloriarse. ¿Los antiguos ciudadanos del Reich deben ser eliminados donde hubiesen logrado refugio? Ridícula decisión en un momento en el que los ejércitos alemanes combaten en distintos frentes de Europa y África sin una certeza acerca de la definición triunfal del tablero bélico.

Tres días. Apenas tres días para movilizar a una muchedumbre que se resiste al traslado, aun con el conocimiento de que pueden ser ejecutados por esa rebelión estúpida. Primero les habían comunicado en privado la decisión práctica de exterminar a la comunidad de apátridas en Shanghái, aproximadamente treinta mil, entre mujeres, hombres, niños y ancianos. Un método práctico: aguardar que se reunieran en las sinagogas para el Año Nuevo judío, subirlos a frágiles embarcaciones y abandonarlos en altamar o desembarcarlos en una isla desierta en la que terminarían por

comerse los unos a los otros. Pero finalmente no se había llevado a cabo lo propuesto, y ahí está él, convertido en una especie de rey de los judíos. ¿Matarlos? Trabajo inútil. ¿Cuántos de ellos podrán sobrevivir a las epidemias y a las hambrunas? A los superiores se los obedece. ¿A qué vienen, entonces, sus disidencias mentales con el más importante aliado de Japón? A fin de cuentas, los japoneses y no los alemanes son los dueños de Shanghái y ahora han arriado a sus detestados judíos. La Kempeitai ha hecho bien en decapitar a los judíos polacos que se negaron a ir a la zona, alegando no ser “apátridas” porque la patria de ellos era Polonia. Cortarles la cabeza como respuesta enseñará a todos los Tiu Kiu Tao, como los llaman los chinos, a obedecer.

Mifune en ese instante olvida a los acaudalados judíos bagdadíes, liberados del edicto de confinamiento y posible exterminación, al igual que los askenazíes que habían huido de las crecientes razias antisemitas a partir de la derrota de Rusia ante Japón en 1905, y que doce años más tarde debieron escapar nuevamente tanto de los rusos blancos como de los rojos, pues ambos bandos vengaban sus triunfos o derrotas con los judíos que habitaban aldeas y barrios de Odessa, Chernivtsi, Berdichev... Esos askenazíes, que habían hecho interminables viajes arriesgándose a morir por asaltos a mano armada, congelamiento o inanición, continuaban comunicándose entre ellos en idish, lengua que incluye el alemán, el hebreo y un surtido de diferentes idiomas eslavos. Resentidos, quizás, porque en su momento no habían sido bien recibidos por los potentados judíos provenientes de Bagdad en el siglo anterior o a comienzos del XX, se apoyaban mutuamente y, en secreto, presuponían que los germanoparlantes, muchos de ellos profesionales y



científicos, obtendrían favores que a ellos, en su mayoría hijos de campesinos, sastres, vendedores ambulantes, les habían sido negados. Si no fuese por una misma religión y una misma experiencia de persecuciones y ejecuciones ordenadas y llevadas a cabo por antisemitas, las diversidades culturales e históricas los hubiesen convertido en grupos antagónicos.

En el distrito de Hongkou, los expatriados habían levantado un centro comercial que llamaron Pequeña Viena, pero ni siquiera ese esfuerzo ha conseguido mejorar el aspecto de una de las zonas más perjudicadas por los enfrentamientos entre chinos y japoneses durante 1937. Y los *lilong*, edificios típicos de Shanghái —confrontación entre la cultura china y la occidental—, continúan exhibiendo sus fachadas derruidas.

Según decisión del gobierno imperial, el capitán Kenzaburo Mifune es la máxima autoridad del gueto. Judíos malnutridos y peor vestidos hacen fila para ser confinados en barracas con míseras literas o en habitaciones asfixiantes y sucias.

El capitán Mifune baja del vehículo en cuanto su chofer le abre la portezuela y se inclina, reverencial, ante quien, erigido en su escasa estatura y dotado del atributo de su uniforme, experimenta el goce que otorga el poder. Por más que muchos de los miserables apiñados en el lugar le ganen en altura y algunas de sus mujeres parezcan estrellas de Hollywood disfrazadas de indigentes, él manda.

El capitán se detiene junto a las mesas para inspeccionar la tarea de soldados y escribientes abocados al trámite bu-

rocrático de clasificar personas como si se tratara de mercadería. Incluso los que han accedido a casas en el barrio del otro lado del río se ven obligados a mudarse a la denominada Ciudad Interior, asfixiada entre el Yangzi y su afluente Suzhou. Pugnan por abrirse camino los chinos que, pedaleando o sobre sus hombros, llevan los objetos de miles de europeos a quienes nadie ha invitado. Esa gente extraña ha llegado a Shanghái para robarles sus trabajos, sus cuencos de arroz y sus exiguos rincones. Bastante padecen bajo la ocupación japonesa como para tener que igualarse con aquellos que pretenden hacerse entender por señas y reciben una ayuda que a los chinos pobres, excluidos eternos de una existencia digna, les es negada hasta por sus propios compatriotas.

Los policías chinos, que forman un cordón, no odian al gentío; incluso desconocen qué significa ser judío, salvo que los llaman Tiu Kiu Tao por ese ritual incomprensible de sacar los tendones de los animales que sacrifican. Por qué los Tiu Kiu Tao deben ser trasladados de un lado del barrio a otro. Por qué las familias chinas se ven obligadas a abandonar sus hormigueros para ir a otros. Ellos desearían estar en sus caseríos, en el campo, junto a sus hijos. Pero durante la guerra han perdido sus tierras y están ahí por unos diez dólares americanos, arroz gratis, el uniforme y un catre en el cuartel. Lo que logren ahorrar será enviado a sus familias.

Los pensamientos de aquellos que aguardan en la estrecha plazuela son de consternación e incomprensión. Muchos, al igual que los Schranz y los Poleman, se dicen que lo que está sucediendo no tiene razón de ser. Pero en la guerra no hay razonamiento que valga, salvo el de sobrevivir.

The Jewish Refugee Community of Shanghai ha enviado a decenas de sus miembros para asistir a los más débiles en la conquista de una cama o un espacio en el que guardar sus pertenencias: libros, una valija, un instrumento musical, un perchero, un bastón de buena empuñadura... Los ancianos, bajo la luz mortecina, anticipan la calavera que los espía debajo del insuficiente abrigo.

Muchos de esos viejos han conocido épocas en las que asistían a la ópera y a recepciones. En un ayer neblinoso, supieron cuidar de sus hijos y nietos enviándolos a estudiar y a capacitarse para el futuro. Ese futuro negro es hoy. Solo queda rezar por lo bajo: *Adonai adoneinu, Adonai ejad*.

Los hombres fuertes que no han logrado hacerse de una carretilla u otro objeto rodante cargan en los brazos o montados a horcajadas a tíos, padres y abuelos; es mentira que cuando se aproxima el final de la existencia todo da lo mismo. Quizás resulte así para los que en los campos de concentración son despojados de sus nombres hasta convertirse en un conjunto de huesos que espera ser ametrallado, violado, gaseado, para liberarse finalmente de la tortura del pensamiento. El horror no puede explicarse. Los hornos crematorios, las cámaras de gas, las fosas comunes, lo expresarían mejor que las palabras.

Entre la multitud desesperanzada están Herr Doktor Jonas Schranz, su esposa Frida y el tesoro al que ellos intentan proteger en una Shanghái prostibularia y mafiosa: Hannah, su única hija. Ella, expectante en la playa del infortunio, anhela avistar en el montón al tío Otto y a Iutta. Ambos han ido a buscar a Angela, que se niega a dejar su labor junto a las monjas, pero a la que terminan de convencer cuando la autoridad de la congregación religiosa promete

conseguirle una autorización para salir diariamente del gueto.

La amistad, comenzada en la travesía del *Conte Rosso*, ha transformado en familia a los Schranz y a los Poleman, y esa condición, quizás, los sostuvo y los sostiene en las horas más complejas y degradantes.

Frau Frida, de elegante sombrero, se diferencia de quienes imploran estrujándose las manos y el orgullo ante la indiferencia nipona, que solo se altera cuando algún desesperado pretende adelantarse y deben emplear el palo de bambú para restablecer el orden.

Frida ha sujetado su melena castaña con hebillas porque le han hablado de piojos y de madrigueras con toda clase de bichos. Sus prevenciones anticipatorias tienen sentido: recluirán en un espacio reducido, donde ya residen cien mil chinos, a veinte mil "apátridas".

Del hacinamiento, la falta de comida y de medicamentos surgirán el tifus, el cólera, la viruela, entre otras enfermedades graves que resquebrajarán la solidaridad inicial.

Cómo ser solidario cuando ves en la calle cadáveres amortajados en papel de diario a la espera del carromato de los muertos, que los recoge en cuanto amanece. Cómo defender a quien roba lo que al otro le resulta imprescindible para subsistir. Cómo evitar el linchamiento o la cárcel a quien viola la ley establecida entre los mismos refugiados. Sin leyes llegarían a destruirse entre ellos, para satisfacción de los nazis.

En reductos pequeños, sin equipamiento elemental, el pudor y la higiene son lujos a los que casi nadie accede.

Frida, unas horas antes de dejar la vivienda alquilada — gracias a los buenos oficios del doctor Luigi Bruno— para

sumarse al exilio, teme que al salir del estatuto de las concesiones internacionales los alojarán en barracas o cuartos compartidos con otros judíos arribados a Shanghái después de 1937; lejos del iridiscente sol nocturno de la avenida costanera del Bund y las tormentosas calles iluminadas con sus edificios en estilo colonial inglés, para purgar así la culpa de no haber sucumbido bajo la bota nazi. ¿Despedirse nuevamente de una existencia relativamente digna internándose a pleno en el horror que no cesa, especie de penoso resquicio desde donde repetir la pesadilla de los condenados a muerte por el solo delito de ser judíos?

Basta de lamerse las heridas, piensa, con un resplandor de altivez, y se lleva la mano al cuello como si aún conservara aquella joya materna recibida el día de su boda. Mejor. Mucho mejor usar el inoportuno vestido de las grandes festividades que arrastrarse ante los enemigos tal como esperan ver a los apátridas.

En Shanghái se anudan toda clase de intereses, pero esa ciudad portuaria fue la única que dio refugio a alrededor de veinte mil judíos alemanes y austríacos y a más de dos mil judíos que consiguieron huir antes de que se les cerraran todas las salidas y entradas.

A la primera invasión japonesa en 1932 siguió la de 1937; sin embargo, y a pesar del destructivo accionar de la aviación nipona que había arrasado Shanghái, subsistieron los restaurantes y los hoteles de lujo, los clubes de caballeros, los prostíbulos, los fumaderos de opio para pobres y para ricos, los comercios glamorosos del barrio francés, los chirimbolos de las tiendas mezclados con marfiles, porcelanas y objetos de contrabando, las tabernas para marineros y los barrios infestados de alimañas y pestes.

Ya en el primer año de la ocupación japonesa, los servicios municipales de limpieza de Shanghái levantaron de las calles a treinta mil personas muertas por inanición o enfermedades. Shanghái, en la desembocadura del río Yangzi, con su estatuto limitado de ciudad abierta, aún a liberación y condena. Si hasta el cielo es más azul en las zonas privilegiadas de las concesiones, con sus avenidas ribereñas, sus canchas de tenis, sus edificios modernos, sus casas de juego... Cielo oculto para los que viven entre los juncos acuáticos, los pantanos, los arrozales y miden sus días con la vara de la desesperación.

Acicalada y desafiante, antes de integrarse a los que marchan hacia la zona de reclusión para apátridas, Frau Frida se planta en medio de la sala y se dibuja en su memoria alguna gala en el Musikverein de Viena. Pero de inmediato ese recuerdo se hunde en opacas y aceitosas aguas, igual que disidente chino asesinado sin juicio previo.

En el ropero quedan faldas, blusas, calzado; donde van, no habrá perchas ni armarios.

En cuanto Jonas la ve ataviada como la noche aquella en la que el capitán del barco los invitara a compartir su mesa, se toma la cabeza con ambas manos.

—*Mein liebe*, adónde crees que vamos —le pregunta con severa ternura.

—Mamá sabe adónde vamos, padre. Yo también lo sé —responde Hannah enroscando un mechón de pelo en su índice derecho. Y pregunta como si se lo preguntara a sí misma—: ¿Tendremos que volver a errar cuarenta años hasta tocar la “tierra de leche y miel”?

Jonas evoca el momento en que Luigi Bruno, médico de a bordo, apenas lo vio en cubierta dijo: “No debe discul-

parse por haber olvidado mi nombre, yo era uno de los tantos extranjeros que iban a hacer su práctica de cirugía con el célebre Doktor Jonas Schranz”.

Agradece, en medio de la zozobra, que su tarea en el hospital le permita acceder a un permiso para entrar y salir de la llamada área de reclusión para apátridas.